

ESTUDIOS DE CULTURA OTOPAME

8



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Antropológicas
México 2012



EL DIOS SIN FRONTERAS Y EL SUEÑO MEXICANO:
MIGRACIÓN, TURISMO Y PENTECOSTALISMO EN UNA
COMUNIDAD *HÑÄHÑU*

LEAH SARAT

Arizona State University

Resumen: Desde 2004, miles de turistas han participado en la Caminata Nocturna, un simulacro de la experiencia por la que se atraviesa al ser inmigrante indocumentado al cruzar la frontera México-EUA. Mas allá de ser por entretenimiento, dicha recreación, es un esfuerzo comunitario por detener la ola de migración que ha transformado el panorama social de El Alberto, una comunidad *hñähñú* en el municipio de Ixmiquilpan, Hidalgo. Los miembros de El Alberto llevan la caminata a cabo con la esperanza de lograr el “sueño” de un futuro sustentable en México. Sin embargo, lo que los turistas no conocen es que aproximadamente la mitad de los que ayudan a escenificar la caminata son pentecostales, y el cambio religioso está profundamente relacionado con la migración hacia los Estados Unidos. Sometiéndose a la autoridad de un Dios que “no tiene fronteras,” estos Protestantes evangélicos viajan a los Estados Unidos con un sentido de protección divina. Enfrentados con la imposible elección entre arriesgar sus vidas en la frontera norte y aguantar un futuro incierto en México. Los miembros de El Alberto se fortalecen tanto en su fe como en su herencia étnica para exigir dos derechos fundamentales: el derecho de emigrar en busca de trabajo, y el derecho de vivir una vida digna y sustentable en su lugar de origen.

Palabras clave: emigración, frontera, zona fronteriza, religión, conversión religiosa, pentecostalismo, turismo, *hñähñú*.

Abstract: Since 2004, thousands of tourists have participated in the Caminata Nocturna, or Night Hike, a simulation of the experience of crossing the US-Mexico border as an undocumented immigrant. Far more than entertainment, the reenactment is a community effort to slow the wave of migration that has transformed the social life of El Alberto, a *hñähñu* community in the municipality of Ixmiquilpan, Hidalgo. The members of El Alberto carry out that “*caminata*” in the hope of achieving the “dream” of a sustainable future in Mexico. However, what tourists do not realize is that approximately half of those who help to stage the “*caminata*” are Pentecostals, and religious change is deeply related to US migration. Submitting themselves to the authority of a God who “has no borders”, these evangelical Protestants travel to the United States with a sense of divine protection. Faced with the impossible choice between risking their lives at the northern border and enduring an uncertain future in Mexico, the members of El Alberto strengthen themselves both in their faith and in their ethnic heritage as they demand two fundamental rights:

the right to emigrate in search of work, and the right to live a dignified and sustainable life in their place of origin.

Keywords: migration, border, borderlands, religion, conversion, pentecostalism, evangelism, tourism, *hñābhñu*.

Desde el 2004, la comunidad de El Alberto, Hidalgo, ofrece a los turistas un simulacro de la experiencia de cruzar la frontera llamado la Caminata Nocturna. Haciéndose pasar por guías y agentes de la patrulla fronteriza, los residentes de esta comunidad *hñābhñu* llevan grupos de veinte o más turistas por un paisaje que evoca el terreno de la frontera México-Estados Unidos. Los turistas se esconden en arbustos y campos de maíz, pasan por el lodo y ascienden pedregosos caminos empinados en una flora de desierto. Durante el recorrido, que empieza a las nueve de la noche y dura hasta las dos o tres de la madrugada, los turistas aguantan cansancio y dolor. Algunos se lastiman, otros pierden sus pertenencias. A pesar de la dificultad, la mayoría de los turistas afirman que la Caminata es una experiencia maravillosa. Mucho más que divertir, la Caminata Nocturna transforma a sus participantes.

La Caminata Nocturna ha sido juzgada como entrenamiento para los que están pensando en cruzar la frontera norte por primera vez (Suárez Chávez 2011). En realidad, el propósito del simulacro es frenar la emigración. El motivo es hacer conciencia en la gente y generar un nuevo diálogo sobre la emigración para evitar que los jóvenes dejen sus lugares de origen en búsqueda de trabajo. Semana tras semana, año tras año, los migrantes que retornan se disfrazan como guías y agentes de la patrulla fronteriza para llevar turistas en la Caminata con la esperanza de lograr el “sueño mexicano”, el sueño de un futuro sin depender de los dólares estadounidenses. Pero la situación no es tan sencilla. Los miembros de El Alberto admiten que su sueño no se logrará “de la noche a la mañana”. Reconocen que no es tan fácil cambiar un modo de vida que está profundamente atado a la economía los Estados Unidos. Este artículo destaca un factor de gran influencia en la migración transnacional en El Alberto que es poco mencionado en los reportes periodísticos: la presencia de la religión evangélica en la comunidad.

Los miembros de El Alberto se empezaron a convertir a la religión pentecostés en los años sesenta y setenta, décadas de muchos cambios sociales en el valle del Mezquital. El cambio religioso ocurrió en gran escala antes de que los primeros migrantes del pueblo se atrevieran a cruzar la frontera norte. Actualmente el pueblo cuenta con dos iglesias o “templos” evangélicos, Bethel y Sinaí. Se dice que del 50 al 80 % de los habitantes son evangélicos. Además existen

varias personas que no asisten a la iglesia, pero se identifican como cristianos que han “nacido de nuevo” y que reconocen a Jesucristo como su salvador.

Entre las personas que ayudan a escenificar la Caminata Nocturna hay cristianos evangélicos quienes, en su vida personal, buscan la ayuda de Dios para sobrevivir el peligroso viaje transfronterizo. Como participantes en la Caminata Nocturna, contribuyen en su esfuerzo colectivo para frenar la emigración, pero al mismo tiempo están preparándose para regresar a los Estados Unidos, para enfrentar obstáculos cada vez más difíciles en la frontera. Oran, ayunan y se encomiendan al Dios todopoderoso, un Dios que “no tiene fronteras”, para protegerse de ese peligro y del riesgo de morir en el desierto.

El propósito de mi tesis de doctorado (Sarat 2010) fue ilustrar la tensión central que observé en El Alberto entre la movilidad y territorialidad, entre emigrar y permanecer en su lugar autóctono, entre el esfuerzo de llegar a los Estados Unidos con la ayuda de un “Dios sin fronteras” y el esfuerzo de lograr, algún día, el “sueño” de un futuro digno y sustentable en México. Este artículo examina la manera en la cual los miembros de El Alberto están respondiendo a una parte de la experiencia migratoria: el viaje indocumentado. Debo mencionar que el pentecostalismo no es la única religión en El Alberto. Existen también católicos, espiritualistas y una minoría de mormones y testigos de Jehová. También es necesario aclarar que los evangélicos no son los únicos que siguen viajando a los Estados Unidos, pero me centré en la religión evangélica por ser la fe de mayor prominencia en el pueblo.

La comunidad de El Alberto se encuentra en el municipio de Ixmiquilpan, Hidalgo, aproximadamente a dos horas del noreste de la ciudad de México. Está localizada en el valle del Mezquital, una región con alta tasa de emigración debido a sus escasos recursos naturales y con una población de aproximadamente 2 000 habitantes, cifra que cambia constantemente, ya que alrededor de la mitad de los ciudadanos residen o viajan regularmente a los Estados Unidos. Los efectos de la migración transnacional son inmediatamente visibles en El Alberto. El terreno tiene milpas de maíz, frijol y verduras, y abundan las granadas y matas de maguey en sus calles. Pero la agricultura ya no es la fuente principal de ingresos en el pueblo. Con sólo caminar medio kilómetro por el lugar se pueden observar camionetas con placas de Nevada, Arizona, Utah, Florida, Colorado, Texas y California. Casas hechas con remesas del norte bordean la calle principal. Los jóvenes mezclan el inglés, el español y el *hñāhñu* en su conversación cotidiana. Un letrero en la entrada de un salón de secundaria advierte: “Si piensas ir a Estados Unidos o vas a regresar a México con tu familia, no olvides los siguientes documentos”, incluyendo la cartilla de vacunación.

La emigración a gran escala comenzó en El Alberto en los años noventa. Entre los destinos principales figuran Las Vegas, Nevada; Salt Lake City, Utah y Phoenix, Arizona. Esto refleja la tendencia de la “nueva geografía de inmigración mexicana” observada por Massey *et al.* en los Estados Unidos (2010: 151). Los hombres en su mayoría trabajan en la construcción y las mujeres en limpieza y trabajo doméstico. Muchos de los emigrantes llegados a Estados Unidos antes de 1990 ya son residentes legales, pero la mayoría de los que llegaron después todavía son indocumentados. Muchos de ellos ya radican principalmente en los Estados Unidos. Los que tienen residencia o ciudadanía permanente regresan a El Alberto cada año por varias semanas. Los indocumentados regresan al pueblo solamente cuando se ven obligados a cumplir su servicio comunitario.

Una vez cada ocho años, como requisito de membresía o “ciudadanía” a la comunidad, cada adulto debe trabajar en el pueblo por doce meses sin remuneración alguna. Este requisito está profundamente arraigado en la identidad étnica de la comunidad. El derecho al voto en las elecciones del pueblo y ciertos derechos sobre la propiedad se pierden si no se cumple este requisito. El delegado de la comunidad recientemente dispuso que residentes en los Estados Unidos puedan elegir un sustituto que les reemplace. Varias personas que trabajan como guías en la Caminata radican en los Estados Unidos y vienen a México exclusivamente para realizar su año de servicio.

El Alberto se encuentra en medio de muchos cambios, no sólo debido a la emigración y la conversión religiosa sino también porque durante los últimos siete años la comunidad ha construido un parque ecoturístico dentro de sus tierras comunales. Con la ayuda de becas del gobierno y fondos reunidos por los emigrantes, la comunidad ahora cuenta con un balneario de aguas termales, cabañas, *rappel*, tirolesa y la más creativa de todas sus atracciones: la Caminata Nocturna. Las guías, los actores de la Patrulla Fronteriza y otros ayudantes del simulacro lo hacen de acuerdo con su requerida obligación de servicio a la comunidad. Todos los ingresos se invierten directamente en el parque. Entre el 2007 y 2009 observé la Caminata ocho veces. En algunas ocasiones acompañé a los turistas como “migrante” y en otras, a los actores de la “migra”. Lo que sigue es una narración basada en esas observaciones.

La Caminata Nocturna

El simulacro comienza después del ocaso, afuera de la iglesia católica de San Alberto.

Entre ruido de pasos, murmullos, susurros y risas, los turistas le dan la vuelta a la iglesia y bajan hacia la carretera. De repente se escuchan sirenas en la distancia. Las risas y la conversación cesan. Los turistas, agarrados a las manos de sus hijos corren a través del puente y se tiran al suelo al margen del camino. Luego bajan un sendero empinado hacia el río cuando el peligro ya ha pasado.

Mientras los turistas están escondiéndose en el monte, los actores de la “migra” enfocan reflectores hacia abajo y gritan por megáfonos en inglés y español con acentos simulados del inglés norteamericano: “¡Escuchen! Sabemos que están allí. *¡Don’t cross the border, it’s very dangerous!*” Los agentes salen de sus vehículos y descienden hasta la orilla del río. Los guías conducen a los turistas a un lugar debajo de los arbustos. Cuando yo tuve la oportunidad de participar por primera vez en la Caminata, este lugar estaba tan repleto de gente que se me hacía imposible moverme. Me dolían las piernas. No podía ni siquiera usar mi grabadora porque no podía mover mi brazo. Tampoco podía ver bien a los actores de la “migra” porque era imposible levantar mi cabeza sin molestar a las demás personas.

En aquel momento —y esta escena se repetía en varias formas durante cada Caminata que observé— hubo una confrontación hostil entre los actores de la “migra” y un grupo de “migrantes”, que en realidad eran residentes de El Alberto escondidos en los arbustos a dos metros de los turistas. Los agentes sacaron a estos “migrantes” a la fuerza y comenzaron a hacerles preguntas y a darles órdenes.

A pesar de la vista limitada de los turistas, la impresión es de violencia y confusión. Durante la primera actuación vislumbré figuras luchando. Oí gritos y groserías. Durante otra interpretación uno de los agentes, un hombre que había vivido muchos años en los Estados Unidos, gritó: “*You stupid Mexicans!*”, en medio de golpes y gemidos. Otra vez, un ruido de balazos —realmente cohetes— provocó gritos entre los turistas. No podíamos ver si algún “migrante” había muerto. Sólo podíamos ver su cuerpo acostado sobre la tierra. “No es real”, susurró una madre a su hijo. Pero fue difícil mantener la incredulidad.

La lucha violenta que se menciona no representa necesariamente una experiencia típica del viaje transfronterizo. Puede que haya sido uno de los peores casos. Sin embargo, la tensión del encuentro y la forma en que tiene lugar reflejan cambios concretos en la vigilancia fronteriza de los EUA durante las últimas décadas. Como ya se ha mencionado, la emigración a gran escala comenzó a mediados de los años noventa. Los miembros de la comunidad empezaron a sentar las bases de la Caminata en el 2003. Este margen de tiempo es significativo. Comenzando con el Decreto de Reforma y Control

Migratorio de 1986, los Estados Unidos pusieron en práctica una serie de leyes con el propósito de reducir la inmigración indocumentada. Entre estos esfuerzos, la estrategia de *prevention through deterrence* (prevención por medio de la disuasión) de los años 1993-4 tuvo un gran impacto sobre los migrantes provenientes de El Alberto. Con las operaciones *gatekeeper* (guardián) y *hold-the-line* (mantener la línea), el Servicio de Inmigración y Naturalización (INS, por sus siglas en inglés) se aumentó la vigilancia en áreas metropolitanas como San Diego, California, y El Paso, Texas. Anteriormente, los inmigrantes indocumentados pasaban con facilidad por estas ciudades. Ahora las extensas barreras recién construidas y la presencia de agentes de la patrulla fronteriza impiden dar tal paso fácilmente.

La estrategia de prevención por medio de la disuasión no logró sus metas. En vez de reducir el flujo de inmigrantes indocumentados, estas operaciones simplemente desviaron el tráfico de los inmigrantes fuera de la ciudad y hacia los desiertos y montañas, donde ellos enfrentan alto riesgo de deshidratación, hipotermia e insolación (Andreas 2000: 111). Ya para principios del 2000, el desierto de Arizona era la ruta más común para cruzar la frontera (Eschbach *et al.* 2003: 8-9), y con ello el índice de mortalidad durante los viajes transfronterizos subió 74 % entre 1996 y 2000, con un total de 370 muertes en el 2000. El porcentaje de muertes causadas por factores ambientales se triplicó entre el 1985 y el 2000, y ha permanecido elevado desde entonces (12-13). En el 2010, al menos 249 personas murieron en la frontera del estado de Arizona (McCombs *et al.* 2011).

Cuando los residentes de El Alberto empezaron a emigrar hacia EUA en gran escala, lo hicieron a través de las únicas rutas disponibles: desiertos y montañas remotas donde les fue inevitable enfrentarse con excesivo calor, frío y cansancio. Empezaron a arriesgar sus vidas. Un guía de la Caminata reflexionó sobre su experiencia al cruzar la frontera: “Es como le digo, pues es mucho sufrimiento [...] Yo cuando fui la primera vez [...] tuve que aguantar como un día o dos días de hambre allí en el desierto.” Otro guía me dijo que llovió seis horas consecutivas cuando él y sus compañeros cruzaron el desierto en Arizona. Hacía frío, me contó, y el único sonido que ellos oían por espacio de varias horas fue el “ssssh, sssshh, sssshh” de la lluvia sobre la arena. En otra ocasión nevó. Los compañeros se abrazaron unos a los otros para calentarse, porque no tenían cobijas.

El extremo del medio ambiente es ahora una parte fundamental de la experiencia fronteriza debido al aumento de leyes antiinmigratorias en Estados Unidos. La Caminata intenta recrear esos extremos. Cuando le pregunté a uno de los guías cuáles elementos de su propia experiencia incluía en la Ca-

minata, me respondió: “El peligro. El peligro. Tratamos de hacerlo para que así reaccione la gente. Y hay veces hasta que pasamos el río, a la una o dos de la mañana.”

La persecución de los turistas por la patrulla fronteriza ocurre en un paisaje natural que los inspira a sacar nuevas fuerzas para seguir adelante y no desanimarse. Cuando hubo una tormenta de rayos y centellas durante la primera Caminata en que participé, los guías nos instigaron a seguir caminando por dos horas más. Pasamos a través de un canal de irrigación y a lo largo de la orilla del río, temblando del frío. En otra ocasión, mientras los de la “migra” aparecían en el camino de arriba, los turistas iban escondiéndose entre las ortigas, ramas y espinas al lado del río. La naturaleza les raspaba sus cuerpos, penetrando el espacio entre sus uñas y sus dedos. Los turistas regresaron a casa con contusiones y rasguños. Sus huellas y hasta sus teléfonos celulares se quedaron atrás. El simulacro culmina en un espectáculo de más de doscientas antorchas que representan los migrantes que han muerto durante el tránsito, destacando el riesgo de morir durante la migración.

La Caminata no solamente entretiene a la gente, la transforma, a causa de su dificultad física y referencias a la muerte. Aunque el simulacro es divertido, también contiene momentos reverentes que parecen más un ritual que un viaje de turismo. Los actores de la patrulla fronteriza desempeñan un papel clave a lo largo del simulacro. Por una parte, ellos representan la militarización de las fronteras y las medidas antiterroristas tomadas por el gobierno estadounidense después del 11 de septiembre del 2001. Por otra parte, la presencia de los actores de la “migra” enfatiza la discriminación que los inmigrantes indocumentados sufren como personas “ilegales” en la sociedad norteamericana.

Además de los cambios que desviaron el tráfico migrante hacia áreas rurales, en años recientes la vigilancia fronteriza estadounidense se ha caracterizado por un creciente militarización. Entre 1978 y 1992 el gobierno empezó a aplicar la doctrina de “conflicto de baja intensidad” (*low-intensity conflict*, o LIC) a su frontera del sur (Dunn 1996: 3). Esta estrategia militar surgió durante la Guerra Fría como un esfuerzo para controlar poblaciones civiles con el uso de tecnología avanzada y colaboración entre instituciones policiales y militares. Durante la crisis de refugiados centroamericanos, el gobierno estadounidense asoció la frontera sur cada vez más con cuestiones de seguridad doméstica. Consecuentemente, el gobierno extendió la estrategia LIC para el control de los inmigrantes indocumentados provenientes de México. La militarización de la frontera se intensificó después del 11 de septiembre, cuando el gobierno estadounidense multiplicó los fondos para la vigilancia fronteriza y transfirió el manejo de asuntos de inmigración a la autoridad del Ministerio de Seguridad

Doméstica (*Department of Homeland Security*) (Andreas y Biersteker 2003: 7). Desde ese entonces los límites entre las instituciones civiles y militares se han deshecho aún más. Por ejemplo, la patrulla fronteriza ahora utiliza aviones de espía sin piloto del mismo tipo de los que se emplean en Iraq y Afganistán.

Los residentes de El Alberto están muy conscientes de los cambios en las leyes fronterizas después del 11 de septiembre. Cuando pregunté a uno de los guías de la Caminata cómo había cambiado la frontera en años recientes, respondió: “Hace como cinco años no había mucha vigilancia, como ahorita. Antes, podía pasar la gente rápido, no sufría, no moría la gente. Y ahorita sí, ahorita pues cada año se mueren cien, doscientos, trescientos, porque, pues hay mucha vigilancia.” Durante una Caminata, yo acompañé a un actor de la patrulla fronteriza mientras iba en un Ford F-150 y gritaba advertencias por megáfono a los turistas “migrantes”. Le pregunté al actor si los verdaderos agentes son tan violentos como ellos los representan. “Cuando están solos”, me respondió. “Cuando no hay nadie” dijo, “los agentes maltratan a los migrantes y hasta los golpean con sus lámparas”. Sin embargo, no todos los inmigrantes con quienes hablé habían enfrentado violencia a manos de la “migra”. Algunos no habían tenido ningún contacto con ellos. Volvemos a la escena mencionada anteriormente, la lucha entre “migra” y “migrantes” que los turistas observan cuando están escondidos en los arbustos. Este momento de conflicto, lleno de gritos y balazos, no necesariamente refleja lo que ocurre durante cada intento de cruzar la frontera. Sin embargo, la lucha representa una posibilidad real y latente. Esta parte del simulacro condensa la violencia de la militarización fronteriza estadounidense en una sola interacción entre seres humanos.

La lucha escenificada expresa un tema de la deshumanización que persiste a lo largo de la Caminata. Desde el momento en que los turistas se tiran en el suelo cerca del puente, se encuentran sometidos a una mirada de vigilancia. Las luces de las camionetas de la patrulla fronteriza enmarcan el pueblo de El Alberto, reclamando las calles y los espacios abiertos. Los agentes están activos, ruidosos y agresivos. Los turistas están callados; se esconden en los espacios oscuros, entre el borde de la carretera y el río. Los de la “migra” llevan pistolas, mariposas y reflectores. Los turistas sólo llevan su ropa.

Cuando los agentes de la “migra” hablan a los turistas por primera vez, no les hablan frente a frente. Les hablan desde arriba. Sus voces y sus luces descienden desde la carretera hacia los lugares donde están escondidos. Hablan por megáfonos, con voces magnificadas por la tecnología. Algunos hablan inglés, otros en español con acentos simulados de inglés. Una turista observó que la barrera del idioma fue el momento más impactante de la Caminata. Cuando los agentes de la patrulla fronteriza dicen a los migrantes que salgan, ellos “tra-

tan de hablar español, sabiendo que realmente no hablan español y no están conscientes de lo que dicen. Eso lo quise reflejar. En una situación real debe ser muy angustiante, porque es alguien que no domina tu idioma, no sabe lo que está diciendo y que... en cualquier momento te puede disparar”.

A lo largo de la Caminata, a los turistas les quitan sus pertenencias, se esconden en la oscuridad como animales perseguidos y reciben órdenes en un idioma extranjero. Algunos se sienten más deshumanizados con el simple hecho de ensuciar su ropa. Después de la primera bajada hacia el río, cuando los turistas se encontraron enlodados hasta las rodillas, algunos de los participantes se dieron cuenta de que la Caminata realmente los iba a incomodar. Una turista, una contadora pública del D. F., comentó: “Cuando se empieza a ver, que estás... meterse en el agua y saltar charcos, meter el pie en el lodo, mojarse... es feo”. Otro dijo: “De repente tú piensas que vas a ir a caminar así en el suelo planito y todo, y lo primero es esta chinga de que te metes al lodo, y dices: ¡Híjole! ¿Sabes qué? Ya quedó sucia mi ropa”.

Aunque la Caminata Nocturna se trata del viaje trasfronterizo, su mensaje tiene que ver con la experiencia migratoria en su totalidad. Los detalles sutiles como la barrera de idiomas y la ropa enlodada sirven para transmitir a los turistas la pérdida de dignidad que los residentes de El Alberto han experimentado como extranjeros indocumentados en los Estados Unidos. Estos detalles actúan como catalizadores para que la gente reflexione sobre los aspectos de la migración que los demás miembros del público muchas veces no quieren ver.

El peligro del viaje trasfronterizo no ha sido el único problema de la emigración en El Alberto. Los que ayudan a escenificar la Caminata Nocturna están preocupados por los jóvenes de la comunidad, que al llegar a EUA muchas veces se involucran con pandillas o batallan con el alcoholismo y la drogadicción. Están preocupados por la pérdida del idioma materno y de las tradiciones étnicas. Además, los miembros de El Alberto están preocupados por el desánimo y la baja autoestima que resultan cuando los migrantes viven en un país que los rechaza. Según un hombre que participó como guía en la Camina en el 2007:

Muchas de las personas que han dejado su lugar de origen no sienten una satisfacción, porque nunca tuvieron la libertad de vivir en un lugar donde su gente los comprenden... sino siempre vivir bajo una mirada despreciativa. Porque la gente no te mira con buenos ojos. Aunque estés trabajando... para que donde estés crezca, se fortifique y represente un gran país... pero en dentro de ellos no tienen una gran satisfacción, que digamos que digan: “No, ¡caray! Lo hice. Tuve éxito. Me siento orgulloso”.

Él había trabajado en los EUA durante más de una década en una gran variedad de trabajos de construcción. Al terminar su año de servicio regresó a donde estaba su familia en Las Vegas. Sus palabras indican que los migrantes han sentido, hasta en sus propios cuerpos, las contradicciones del sistema de migración mexico-estadounidense. Es un sistema contradictorio porque las políticas antiinmigratorias no toman en cuenta la extensa interdependencia económica y social entre ambos países. Douglas Massey *et al.* (2002) caracterizan la migración mexico-estadounidense antes de los años ochenta como un “mecanismo bien aceitado”, o sea, un sistema que funciona mejor cuando lo dejan solo. Los autores mantienen que el periodo de migración mexico-estadounidense entre 1965-1985 era semejante a la migración europea hacia Estados Unidos a finales del siglo diecinueve. Al igual que Europa exportó trabajadores durante su proceso de industrialización, México exportaba trabajadores a Estados Unidos mientras se industrializaba. De manera natural, el proceso seguiría un curso predecible que terminaría cuando México completara su proceso de industrialización. Sin embargo, empezando con el Decreto de Reforma y Control Migratorio de 1986, el gobierno estadounidense ha puesto en práctica varias políticas restrictivas que contradicen la interdependencia entre los dos países. No es casualidad que la militarización fronteriza ganara fuerza en los mismos años en que el Tratado de Libre Comercio abrió las puertas a una mayor integración económica en el continente (Andreas 2000). Ante la movilidad de bienes y capital, la militarización ha servido para disciplinar a los trabajadores migrantes y reafirmar simbólicamente la soberanía nacional.

Como plantean Jean y John Comaroff, la presencia de seres humanos “ilegales” expresa concretamente “la contradicción de las fronteras y los límites en una era de capital global” (2001: 649; traducción de la autora). El migrante encarna las contradicciones de un país que se presenta como una nación autosuficiente, pero cuya prosperidad depende de la mano de obra extranjera. Los trabajadores indocumentados saben muy bien que ellos han contribuido materialmente a la riqueza de los EUA, a la vez que están sujetos a una “mirada despreciativa”, a una estigma de ilegalidad que sirve para desacreditar y obscurecer lo que han contribuido a su país anfitrión. Cuando los residentes de El Alberto llevan a los turistas por el lodo y hablan con ellos por megáfonos en inglés, expresan concretamente su estigma de ilegalidad para que pueda ser colectivamente reconocido y transformado.

Cuando ellos reflexionan sobre la vida en el norte, no sólo mencionan el estatus de la ilegalidad. El hombre citado anteriormente también habló del consumismo, de un modo de vida materialista que debilita la vitalidad de la gente:

Un mexicano que emigra de aquí para allá, a la edad de cincuenta años, físicamente ya se ve muy gastado. Se ve muy gastado porque toda su vida la pasa en el trabajo. En el trabajo, en el trabajo, en el trabajo la mañana, en el trabajo hasta la tarde, y sí tiene todo lo que quiso tener, un buen sofá, una buena casa, una buena cama, unos buenos zapatos, pero no se da cuenta de que físicamente se desgasta mucho.

Este hombre sugiere que las ventajas del trabajo migratorio tienen un precio. Como fertilizantes químicos que privan el suelo de su vitalidad, el trabajo migratorio produce ventajas a corto plazo que quitan a los trabajadores su longevidad. Cuando dejan sus lugares de origen, los migrantes consiguen las cosas materiales que quieren, pero viven vidas insalubres y se mueren prematuramente de enfermedades modernas como cáncer y enfermedades cardíacas. En cambio, “nuestros abuelitos comían una comida sencilla, simple. Pero llegaron a setenta, ochenta, noventa años y se mantuvieron saludables... Y vivir un ser humano cien años para mí, es lo más lindo que el ser humano puede lograr.”

Para este hombre cuya vida está tan íntimamente vinculada con los Estados Unidos, la Caminata Nocturna es más que una protesta contra el estigma de la ilegalidad; es una reflexión sobre la mejor manera de vivir, sobre la relación correcta entre el trabajo y la vida. Explica que el propósito de trabajar es sobrevivir, no acumular dinero y cosas materiales:

Si nuestros padres, siendo pobres ellos, lograron sobrevivir, pienso que también nosotros. De hecho la Caminata Nocturna... es el mensaje que contiene... Es una manera de mostrarles a ellos que se sufre [en la frontera], pero sólo por tratar de vivir un sueño... Lo que estamos transmitiendo nosotros es que aquí en México pueden lograr su sueño.

Durante cada Caminata los guías proclaman que, en vez de buscar el “sueño americano”, la gente mexicana debería de unirse en busca del “sueño mexicano”. Este llamado es en parte una protesta contra el abandono de las comunidades indígenas por el gobierno mexicano. A lo largo de los siglos, las comunidades indígenas del valle del Mezquital han sido confinadas a los peores terrenos (Moreno Alcántara *et al.* 2006: 6). Las condiciones rurales empeoraron cuando se aprobó el Tratado de Libre Comercio norteamericano el cual abrió las fronteras mexicanas a productos agrícolas extranjeros de bajo precio. Según Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado, el gobierno mexicano ahora basa sus expectativas de desarrollo rural en la suposición de que la migración proporcionará una alternativa a aquellos que ya no se pueden mantener (2004: 11). El “sueño mexicano” que la Caminata exige es el sueño de un futuro digno, con empleo suficiente y sustentable para todos. Es un futuro en donde nadie estará obligado a dejar su lugar de origen para mantener a su familia.

Pentecostalismo y emigración en El Alberto

Los organizadores de la Caminata, para sacudir a la gente a través del simulacro, transforman los rigores de cruzar la frontera en una reflexión sobre el verdadero costo de este fenómeno. Ruegan al pueblo y al gobierno mexicano que corte su dependencia de la migración como alternativa al desempleo. Invitan a los turistas a que recreen “los lazos de fraternidad” que ellos han perdido, y a los potenciales emigrantes a que inviertan sus esfuerzos en sus lugares de origen en vez de en el extranjero.

Lo que los turistas no conocen es que muchos de los que ayudan a escenificar la Caminata son pentecostales que usan su religión como base para vivir y trabajar en los Estados Unidos. Sometiéndose a la autoridad de un Dios para quien no hay fronteras, estos pentecostales viajan con un sentido de protección divina. Aunque ellos contribuyen a la Caminata con el propósito de frenar la emigración, sus propias vidas están tan profundamente arraigadas en los Estados Unidos que ellos buscan la ayuda de Dios para seguir viajando.

Como se ha mencionado ya, el pentecostalismo llegó a El Alberto en los años sesenta, década de muchos cambios económicos y sociales en el valle del Mezquital. Aunque lo trajeron migrantes que regresaban a sus comunidades en general, la conversión religiosa ocurrió años antes del inicio de la emigración en gran escala hacia Estados Unidos. El pentecostalismo llegó precisamente cuando el establecimiento del Patrimonio Indígena del valle del Mezquital introdujo proyectos de desarrollo económico en la región. Al mismo tiempo que la gente empezó a obtener agua potable, luz, escuelas y riego, la nueva religión introdujo cambios en las actitudes hacia el trabajo y en la organización comunitaria. Estos cambios ayudaron a sentar las bases para el aumento en la migración. Los retos de la migración han impulsado a su vez el crecimiento pentecostal.

La relación entre la conversión religiosa y el desarrollo económico en El Alberto ha sido compleja. En la dinámica que Max Weber (1958) llama una “afinidad electiva”, así como el protestantismo contribuyó a los cambios socioeconómicos, los cambios socioeconómicos impulsaron a la conversión. Sin embargo, los evangélicos en El Alberto insisten en que la nueva religión fue la fuerza que los sacó de la pobreza. Atribuyen todos los beneficios con los que el pueblo cuenta hoy en día –agua, luz, carreteras, escuelas– a la llegada de la palabra de Dios. Dicen que al convertirse dejaron la ignorancia, la borrachera y el conflicto en el pasado, y empezaron a trabajar juntos. En las palabras de un señor de la comunidad, “esta religión abrió los ojos de la gente. Entonces lo que pensaba hoy, piensa mañana. Entonces empezó esta organización, [em-

pezamos a] trabajar juntos. Entonces ya se acabó la maldad que había aquí, se limpió aquí muy bien todo”.

Algunos de los católicos atribuyen los cambios económicos en el pueblo a la emigración, y también al liderazgo de un señor de la comunidad que enseñó a la gente a trabajar junta. Sin embargo, la idea de que la religión sacó al pueblo de la pobreza es casi omnipresente entre los evangélicos que he entrevistado en El Alberto. Esta narrativa es significativa porque implica que la pobreza del pasado no sólo era un problema político o material, sino que era en su esencia un problema espiritual. Implica un rechazo de ciertos aspectos del pasado y que el camino hacia el desarrollo y la prosperidad económica es la voluntad de Dios. Actualmente, esta misma narrativa sigue influenciando a los migrantes que viajan a Estados Unidos.

Como se ha reflejado en la Caminata Nocturna, hoy en día los emigrantes indocumentados que viajan a Estados Unidos afrontan más peligro que antes, lo cual motiva a algunos de ellos a buscar nuevos recursos espirituales. En ciertos casos, la dificultad del proceso es suficiente para provocar una conversión religiosa. Según el hermano Elpidio, pastor del templo Bethel en El Alberto:

Hay mucha gente allá en EU que aquí no asistía a una iglesia, pero cuando han llegado allá, han sentido esa necesidad. De acercarse a Dios, de buscar a Dios. Entonces mucha gente ha testificado [...] cuando van caminando en el desierto, y les suceden tantas cosas, [...] allí es donde empiezan a [...] pedirle ayuda a Dios. [...] Porque es un momento tan difícil, que allí en el desierto no hay quien le extienda la mano sino solamente Dios. Ahora sí que solamente un milagro puede realizarse en su vida.

Los pentecostales dicen que la religión no siempre ha sido necesaria durante el proceso de migración. En el pasado era más fácil cruzar. En cambio los emigrantes de hoy afrontan la posibilidad de morir en el camino. Además, corren el riesgo de caer en manos de “coyotes” deshonestos o ser asaltados por narcotraficantes y vigilantes. Fortunato, un miembro activo en el templo Bethel, explica: “La primera vez que fui, yo la verdad no tuve nada [de preparación]... Pero en las últimas veces que yo he ido sí, sí, en la iglesia sí pedimos oración para cruzar. Pedimos a Dios que nos lleve con bien [...] porque sabemos el peligro que corremos [...] Pero, pues ¡ni modo! Uno tiene que sobrevivir.”

Cuando viajan a los Estados Unidos, los migrantes se enfrentan no solamente al límite entre las naciones, sino también al límite entre la vida y la muerte. Algunos fallecen. Los que se quedan están conscientes de la posibilidad de que sus seres queridos puedan morir en el camino. El viaje es tan exigente y enfrenta a la gente con tantas preguntas sobre la vida y la muerte que el acto puede ser comparado con una “crisis de la vida” (van Gennep 1960). Las crisis

de la vida son transiciones fundamentales en la vida del ser humano, como el nacimiento, la pubertad y la muerte. Así como la gente responde a las crisis de la vida a través de ritos de paso, los pentecostales usan la oración y otras acciones colectivas para imbuir el viaje transfronterizo con un significado más profundo. Como las sociólogas Jaqueline Hagan y Helen Rose Ebaugh (2003) han observado entre pentecostales mayas en Guatemala, los migrantes evangélicos dependen de su fe durante cada etapa del viaje migratorio.

El pastor Elpidio ofrece tres consejos a las personas que están pensando en emigrar al norte: el primero “es que nunca se olvide de Dios. Vaya donde vaya, Dios debe de estar en primer lugar. Porque Dios es el que da la vida [...] y Dios es el que quita la vida”; el segundo es que se acuerden de los familiares que se quedan atrás y finalmente, aconseja a los migrantes que no se olviden de su comunidad, porque “para nosotros el pueblo es la casa [...] es lo que nos ha ayudado y nos sigue ayudando a mantener la unidad”. Aunque los migrantes viajan a Estados Unidos con el propósito de avanzar económicamente, el pastor insiste que es importante que “no se olviden de su pueblo. Que no se olviden de Dios. Y que también, que no dejen la familia”. El pastor de Sinaí, el otro templo pentecostés en El Alberto, ofrece consejos semejantes. Afirma que la decisión de emigrar o no depende de la persona. Como pastor, su papel es recordarles que “no se olviden de Dios”. Recomienda a las personas que desean marcharse que trabajen, que junten su dinero “con el sudor de su frente” y hagan algo con ello. Si el emigrante es casado y su pareja se queda atrás, el pastor les recuerda que el matrimonio es un pacto hecho ante Dios.

Como se puede observar en estas últimas palabras, los emigrantes no son los únicos que necesitan apoyo espiritual; sus seres queridos lo buscan también. El pastor de Sinaí explica que los que acuden por consejos más frecuentemente son los padres de los jóvenes emigrantes. El pastor Elpidio cuenta que “antes de que ellos salgan, nosotros como iglesia... ponemos en las manos de Dios la persona. Porque sí sabemos y hemos visto las maravillas de Dios, entonces eso nos anima más para orar por ellos”. Los miembros de la iglesia siguen orando por los migrantes hasta que sepan que han llegado bien. “Entonces ahora oramos pero en agradecimiento a Dios. Agradecerle a Dios, porque lo llevó con bien.” Los viajes exitosos, a su vez, sirven como evidencia de que Dios realmente obra en las vidas de las personas. Como el mismo pastor dice: “nosotros hemos visto las maravillas de Dios. Que Dios es real. Que Dios sí escucha la oración”.

Los hermanos en El Alberto no dejan de orar cuando el migrante ha llegado a los Estados Unidos. Ellos proporcionan un momento durante cada servicio para que los que tienen seres queridos en el norte pasen al altar a orar. Como el pastor Elpidio explica: “aunque ellos están allá, pero nosotros que nos que-

damos aquí, le dedicamos un tiempo para pedirle a Dios por su salud, por un buen trabajo y por un buen salario. Para que Dios los bendiga allá”. A veces, hasta la mitad de los que están presentes pasan al altar. Algunos se ponen de rodillas. Una persona guía la oración en el micrófono. De pronto su voz es ahogada por decenas de oraciones individuales. Algunos hablan en español, otros en *hñāhñu*. Durante la oración, que dura cinco minutos o más, las angustias salen del pecho de cada individuo para que todos las pueden ver, escuchar y compartir. Algunas personas lloran durante los servicios especiales que los miembros de la congregación hacen en las noches en los patios de las casas, la oración es especialmente impactante. Con las estrellas como su único techo, las oraciones parecen ascender hacia el cielo para alcanzar a los seres queridos en el otro lado. En varias ocasiones he tratado de escuchar las oraciones individuales en medio de tantas voces. “¡Dale trabajo, Señor”. “Dale sabiduría”, “Protéjala, Señor”, “Dale un buen trabajo, ¡tú eres el que abre las puertas!”.

Al igual que los miembros de la iglesia oran por los emigrantes ausentes, también los incorporan de nuevo cuando vuelven a México. En julio del 2009, una familia regresó al pueblo después de nueve años de ausencia. Asistieron a un culto en el templo Bethel. El pastor invitó a cada miembro de la familia, incluso a los niños, al altar. Uno por uno, todos los miembros de la iglesia pasaron al frente para saludarlos o abrazarlos. Esta acción es idéntica a lo que se hace en otras ocasiones significativas en las vidas de las personas, como en los bautismos y en los cumpleaños.

La emigración está tan arraigada en la vida del pueblo que los pastores a veces se refieren al viaje transfronterizo en sus predicaciones. Hablan del desierto que debe cruzarse como un símbolo de lo que significa el estar lejos de la presencia Dios. Un pastor que visitó el Centro Familiar Cristiano Bethel, en Phoenix, a donde asisten varias familias de El Alberto, preguntó a los hermanos presentes: “¿Cuántos de ustedes han cruzado la frontera cuando venían para acá? Quizás no quieren acordarse, pero ¿qué es estar en un desierto? Estar en un desierto es estar en un lugar vacío, caluroso, donde no hay nada”. Tan peligroso y solitario como el desierto físico, explicó este pastor, es el desierto espiritual en el que las personas entran cuando se alejan de Dios. El pastor Elpidio hizo una observación semejante. En un sermón en el verano del 2009, señaló un paralelismo entre la sed que los migrantes aguantan en el desierto y la que el alma siente por el Espíritu Santo:

Hablé con un hombre que aguantó tres días de hambre y sed, sed, *sed*, en el desierto en el camino hacia los Estados Unidos. Y ellos encontraron, por un milagro de Dios, un pozo, un pequeño pozo de agua, donde todos los animales iban a beber, y se acercaron como los

animales y tomaron agua allí. Y saben, los cristianos muchas veces cruzamos el desierto, pero un desierto espiritual, y ¿qué pasa al cuerpo sin agua? ¡No puede vivir! Y ¿qué pasa a una persona sin el Espíritu Santo?

Así como el cuerpo fallece sin agua, dio a entender el pastor, el alma fallece sin la alimentación del Espíritu Santo. De esta manera, una experiencia que muchas personas viven por necesidad se convierte en una oportunidad de enseñanza. Los pastores notan también un paralelismo entre el ayuno y el hambre que los migrantes a veces sufren en el desierto. Durante una predicación, el pastor Elpidio preguntó a las personas presentes si habían sufrido hambre. Algunos le contestaron: “Amén”. Preguntó a cada uno de ellos por cuánto tiempo y por qué habían padecido hambre. Un hombre respondió que él ayunó dos días y una noche en el cerro. Otros soportaron hambre durante la emigración. Dos tipos de hambre: intencional, del ayuno, y la que se pasa durante el trayecto para cruzar la frontera.

El vínculo entre el ayuno y el hambre sufrida durante la emigración no es solamente una relación simbólica. Entre los pentecostales, el ayuno es una manera de acercarse a Dios. Al igual que cruzar la frontera es un sacrificio físico que las personas hacen para obtener un mejor empleo, el ayuno es un sacrificio físico que las personas hacen para tener más claridad espiritual y para asegurarse de que Dios escuche sus oraciones. Hoy en día, no es poco común que una persona ayune preparándose para un viaje a los Estados Unidos.

Algunos afirman que la dificultad que representa el viaje de emigración los hace acercarse más a Dios y otros aseguran que su fe les da seguridad antes de emprender su viaje. La fe les da la convicción de que si se salvan, van protegidos por Dios, no importa a donde vayan. Algunas de las personas que entrevisté me explicaron que la salvación cubre a la gente con la sangre de Jesús y que ésta les sirve como un escudo que los salva del peligro. Tal y como el sociólogo Pablo Vila (2005) plantea, la frontera más importante para los pentecostales es la frontera espiritual entre los salvados y los no salvados. Consecuentemente, los evangélicos emigrantes van al norte con la convicción de que tienen el derecho de ir, porque la salvación rompe todas las barreras de raza, idioma y ciudadanía. Esto es palpable, por ejemplo, en las palabras de una señora pentecostés, de 34 años, que entrevisté. Como miembro activo del templo Bethel, Marta (como la llamaré) ha cruzado la frontera varias veces, algunas con niños pequeños. En una ocasión lo hizo con seis meses de embarazo. Marta, como Fortunato, está de acuerdo en que el viaje es más difícil en estos días que en el pasado. Sin embargo, sabe que ella va con protección divina: “Cada vez que voy a Estados Unidos me encomiendo a Dios, digo ‘voy a pasar, porque yo no estoy sola’.

Hay fronteras para los hombres, pero para *mí*, que soy hija de Dios, no debe de haber fronteras. Voy con esa seguridad, con esa certeza, que voy a cruzar... he visto que mis hermanos de la fe se van con bien, aunque haya tanto peligro”.

Vemos en las palabras de esta mujer la convicción de que Dios no solamente autoriza su decisión de cruzar la frontera, sino también que la protege durante el viaje. Marta insiste en que esta protección se extiende a otros creyentes. “Dicen muchos que la frontera es muy difícil. He visto muchas personas de la comunidad de El Alberto que han logrado a pasar una y otra vez, una y otra vez. Pasan. ¿Y por qué? Yo digo [que] porque van guiados, van guiados.”

He observado una lógica semejante entre los evangélicos provenientes de El Alberto y de comunidades cercanas, en Arizona. Durante un servicio en el Centro Familiar Cristiano Bethel en Phoenix, un hermano hizo una oración para dos migrantes que iban a cruzar la frontera. Pidió a Dios que guardara a esos hombres de la vista de la “migra”. “Señor, ¡ciegue los ojos de la migra, para que nuestros compañeros pueden pasar bien!”, gritó. “Házlos invisibles, Señor, sé que tú tienes el poder de hacerlos invisibles!” En otra ocasión, los hermanos estaban planeando un viaje a Las Vegas. Les pregunté si tenían miedo de viajar, ya que ha habido mucha vigilancia en las carreteras desde que se aprobó la ley S. B. 1070 en Arizona. Un hermano me dijo que sólo era necesario tener fe y nada pasaría. Ellos lograron pasar sin problemas y consideraron eso como prueba de la eficacia de sus oraciones.

La idea de que Dios protege espiritualmente y físicamente a los fieles es tan arraigada que persiste aun cuando los migrantes no llegan, se pierden o se accidentan en la frontera. Según los evangélicos que he entrevistado, cuando sucede algo malo durante el viaje es porque los migrantes involucrados no tenían suficiente fe o porque Dios tenía otros planes para sus vidas. Por ejemplo, Marta explicó que muchas personas cometen el error de olvidarse de Dios y poner su fe en el “coyote”, el guía clandestino que la gente paga para que los lleve al otro lado. Cuando ellos no llegan, “es porque están poniendo su *fe* en el hombre... Y yo digo: con la ayuda del ‘coyote’, porque conoce los caminos, pero yo digo que Dios nos va protegiendo en todo momento, abriendo puertas para que uno pueda caminar, pasar con bien”.

La fe otorga poder a los emigrantes para superar sus dudas, para que se atrevan a intentar el viaje a pesar del riesgo. Sin embargo, las palabras de esta señora indican que, cuando las cosas no salen bien, la culpa es del migrante por no haber tenido suficiente fe. En algunos casos, los pentecostales explican que Dios obra a través de los agentes de la patrulla fronteriza, no para castigar a los migrantes por haber violado la ley estadounidense, sino para disciplinarlos en su vida personal. Así, los conflictos y los accidentes en la frontera se convierten

en oportunidades para el fortalecimiento de la fe y el crecimiento de la vida cristiana. Esta idea fue puesta a prueba en el 2008, cuando dos hombres de El Alberto se accidentaron cerca de la frontera en el sur del estado de Arizona. Esta tragedia no desilusionó a los pentecostales en El Alberto, sino los impulsó a aferrarse aún más intensamente a su creencia.

En una noche primaveral de 2008, cientos de personas avanzaron hacia la base del cañón que es parte de Parque EcoAlberto. Aunque el cañón estaba cubierto con antorchas, esa noche los que estaban reunidos no eran turistas. Se trataba de una ceremonia conmemorativa en honor a un hombre originario de El Alberto que había muerto poco después de haber intentado cruzar la frontera. Meses después, uno de los sobrevivientes contó su historia. Francisco, como lo llamaré aquí, tenía treinta y tantos cuando ocurrió el accidente. Su esposa estaba embarazada de su tercer hijo. Él regresaba a su hogar de diez años en Las Vegas después de visitar El Alberto. El vehículo en el que viajaban él y sus compañeros sufrió un accidente millas al norte de la frontera en lo que aparentemente fue una persecución por oficiales fronterizos. Francisco perdió su pierna y cayó en estado de coma por cinco días. Cuando despertó, se encontró paralizado abajo de la cintura; se sorprendió de haber sobrevivido, porque aunque el vehículo fue chocado cerca de donde él estaba sentado al frente, los pasajeros de atrás murieron. Entre éstos había otros dos hombres de un pueblo cercano.

Francisco nos contó que mientras estuvo en estado de coma, entró en un lugar diferente. Era un lugar maravilloso, donde todo estaba limpio, donde no faltaba nada. Había un banquete con muchas personas presentes. Había paz. La ropa de la gente no era como la ropa que la gente lleva aquí en el mundo. “¿Sabe cómo es la ropa que Dios lleva?”, me preguntó, “¿Cómo, vestido de blanco?” contesté, “Sí, algo así.” En algún momento Dios vino detrás de él y lo guió poniendo su mano sobre su cabeza; lo llevó a dos lugares. Uno era el banquete limpio y maravilloso. El otro era un lugar donde todo estaba sucio. Dios le dijo a Francisco que le iba a dar la oportunidad de volver a la vida y seguir el buen camino. “Sólo hay dos caminos”, Francisco insistió, en un frase muy común entre los pentecostales en el pueblo. Dios le dijo a Francisco que todavía tenía un propósito para él en el mundo, que lo iba a regresar a la vida para que le sirviera. Cuando Francisco se despertó, sintió un calor que penetró por su cuerpo desde los pies y hasta la cabeza y los hombros. “Fue el Espíritu Santo”, explicó su tía.

Francisco nos dijo que Dios lo había puesto a prueba. Ahora, insistió, había regresado a la vida con un mensaje que compartir. Quería llevar el mensaje de salvación a otras iglesias en México y, si fuera posible, a Estados Unidos.

El haber sobrevivido el accidente en la frontera catalizó la conversión. No puedo decir si fue una conversión absoluta, porque cuando regresé al pueblo en el 2009 Francisco ya no asistía a la iglesia. Sin embargo, este hombre encontró en el pentecostalismo una narración de esperanza que le dio significado a la prueba más difícil de su vida. Para los demás miembros de la congregación, su recuperación fue indicio de la grandeza de Dios, fue evidencia de que Dios realmente actúa en las vidas de las personas. Después del accidente, los miembros del templo Bethel hicieron un ayuno en la casa de Francisco y su familia para animarlo y pedirle a Dios que lo sanara completamente. En su predicación, el pastor hizo una comparación entre Francisco y Moisés: así como Moisés había recibido la palabra de Dios después de ayunar cuarenta días antes en el Monte Sinaí, Francisco vio la cara de Dios a través de su precaria situación y regresó a la vida para compartir esa experiencia.

En el ayuno de ese día no se mencionaron las leyes antiinmigrantes de los Estados Unidos ni las causas económicas y sociales que impulsaron a Francisco a buscar empleo en norte, tampoco se mencionaron las políticas que han transformado la franja fronteriza en una zona de muerte. En las narraciones de los evangélicos, la frontera, la “migra” y las leyes antiinmigratorias sólo fueron escenario para un drama más profundo. Los verdaderos actores en el accidente eran Dios y el Enemigo que lucharon por el alma de Francisco. Cuando le pregunté a Francisco sus pensamientos sobre los agentes que lo persiguieron, dijo que no le echaba la culpa a nadie, porque sabía que Dios tiene un plan para ellos. Sin embargo, mientras siguió reflexionando, dijo: “Un día, pronto, pienso que ya no va a haber nada de fronteras. Dios va a terminar con todo de eso.”

Así como Francisco miraba hacia un futuro en el que Dios acabaría con todas las fronteras, el pastor Elpidio sugiere que la continua oleada de emigrantes hacia el norte es algo divinamente sancionado:

Hemos visto que aunque... han tratado de poner fronteras y hacer muros... pero el mismo gobierno de EU ha visto que no ha podido detener a la gente. ¿Por qué? Porque yo creo que Dios es el que tiene control de todo. Aquí, los gobernantes de esta tierra ponen sus leyes. Y ponen sus fronteras. En cambio, para Dios no hay fronteras.

El pastor explica que los miembros de su iglesia están solamente “orando a Dios, que Dios haga algo... porque quizá con nuestras propias palabras no podemos cambiar... las decisiones de los gobernantes... Entonces, pues no nos queda más que pedirle a Dios.”

Conclusiones

Las palabras del pastor señalan que en esta comunidad, tan conocida por sus esfuerzos de frenar la emigración, existe un discurso sobre la migración que es muy diferente. La Caminata Nocturna llama a la gente a unirse en busca de un nuevo futuro para el país, un futuro sin dependencia de la emigración. Llama la atención a las causas del desempleo y al poder de los seres humanos. En cambio, las narraciones evangélicas llaman la atención sobre el poder divino. En el discurso evangélico, la meta más urgente no es cambiar la estructura social, sino buscar la salvación. En vez de hablar de un “sueño mexicano”, los evangélicos hablan de un futuro apocalíptico en el que Dios borrará todas las fronteras del mundo.

En principio, este discurso parece estar en contra de la visión de la Caminata Nocturna. Al enfatizar el poder de Dios, la religión desvía la atención de las causas sociales de la emigración. Al resaltar la importancia de la salvación individual, desvía la atención de la posibilidad de una transformación de base colectiva. Parece que la religión evangélica impide las metas del “sueño mexicano”. Sin embargo, la situación no es tan sencilla.

Los evangélicos no son los únicos que siguen emigrando. Los católicos también buscan la ayuda de Dios en sus esfuerzos por cruzar la frontera hacia los Estados Unidos. Además, algunos de los promotores originales de la Caminata son miembros clave en las iglesias evangélicas. Aunque algunos de los pentecostales me han dicho que no están de acuerdo con algunas partes de la Caminata, en general abrazan el proyecto como parte de su tradición de participación comunitaria. Lo ven como un esfuerzo por proteger a los jóvenes y mantener la unidad del pueblo ante las fuerzas divisoras de la emigración.

La participación de los pentecostales en la Caminata Nocturna prueba que la pertenencia étnica, a pesar de la conversión religiosa, sigue siendo una fuerte influencia sobre los miembros de esta comunidad *hñāhñu*. Aunque los pentecostales enfatizan la suma importancia de la salvación, ellos también son miembros de una comunidad y están orgullosos de su lugar de origen. Mi propósito en este artículo ha sido demostrar, a través de los ejemplos de la Caminata Nocturna y del pentecostalismo, la profundidad de los desafíos que la gente en esta comunidad migrante enfrenta diariamente y la complejidad de sus estrategias para enfrentarlos.

Planteo que los esfuerzos y los sueños de los miembros de El Alberto son complejos y contradictorios porque la situación nacional y global que enfrentan es, a su vez, contradictoria. Es un sistema neoliberal que limita y controla el movimiento de las personas al mismo tiempo que promueve el flujo trasfron-

terizo de productos y capital. Enfrentados con la imposible elección entre arriesgar sus vidas en la frontera norte y aguantar una pobreza desalentadora en México, los evangélicos en El Alberto están utilizando su religión y su tradición étnica para exigir tanto el derecho de emigrar en busca de trabajo como el derecho de vivir una vida digna y sustentable en su país.

Bibliografía

ANDREAS, PETER

2000 *Border games: Policing the U.S.-Mexico divide*, Cornell University Press, Ithaca.

ANDREAS, PETER Y THOMAS J. BIERSTEKER

2003 *The rebordering of North America: Integration and exclusion in a new security context*, Routledge, Nueva York.

COMAROFF, JEAN Y JOHN L. COMAROFF

2001 "Naturing the nation: Aliens, Apocalypse and the Postcolonial State", *Journal of Southern African Studies*, 27 (3): 627-651.

DUNN, TIMOTHY

1996 *The militarization of the U.S.-Mexico border 1978-1992: Low intensity conflict doctrine comes home*, Center for Mexican American Studies, Austin.

ESCHBACH, KARL, JACQUELINE HAGAN Y NÉSTOR RODRÍGUEZ

2003 "Deaths during undocumented migration: Trends and policy implications in the new era of Homeland Security," *In Defense of the Alien*, 26 (1): 37-52.

FOX, JONATHAN Y GASPAR RIVERA-SALGADO

2004 *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*, H. Cámara de Diputados, LIX Legislatura, México.

HAGAN, JACQUELINE Y HELEN ROSE EBAUGH

2003 "Calling upon the sacred: migrants' use of religion in the migration process", *International Migration Review*, 37 (4): 1145-63.

MASSEY, DOUGLAS, JORGE DURAND Y NOLAN MALONE

2002 *Beyond smoke and mirrors: Mexican immigration in an era of economic integration*, Russell Sage, Nueva York.

MASSEY, DOUGLAS S., JACOB S. RUGH Y KAREN A. PREN

2010 "The geography of undocumented mexican migration," *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 26 (1): 129-152.

MCCOMBS, BRADY, JAYNELLE RAMON, KORI RUMORE, MICHAEL MARIZCO
Y ANDREW SATTER

2011 [en línea] "Border deaths database" *Arizona Daily Star*, disponible en <<http://azstarnet.com/news/local/border/htmlc104ad38-3877-11df-aa1a001cc4c002e0.html>> [consulta: 16 de enero de 2012].

MORENO ALCÁNTARA, BEATRIZ, MARÍA GABRIELA GARRET RÍOS

Y ULISES JULIO FIERRO ALONSO

2006 *Otomíes del Valle de Mezquital*, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México.

SARAT, LEAH

2010 [en línea] *The God without borders and the mexican dream: Religion, space, and migration in El Alberto, Hidalgo*, tesis, University of Florida, Gainesville, disponible en <http://etd.fcla.edu/UF/UFE0042118/sarat_l.pdf>.

SUAREZ CHÁVEZ, AIDA

2011 *Entrenamiento para migrantes: Periodismo cultural*, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, Pachuca de Soto.

VAN GENNEP, ARNOLD

1960 *The rites of passage*, trad. de Monika B. Vizedom y Gabrielle L. Caffee, University of Chicago Press, Chicago.

VILA, PABLO

2005 *Border identifications: narratives of religion, gender, and class on the U.S. Mexico border*, University of Texas Press, Austin.

WEBER, MAX

1958 *The Protestant ethic and the spirit of capitalism*, trad. de T. Parsons, Charles Scribner's Sons, Nueva York.